

Querida Comunidad, hermanas y hermanos voluntarios de Manos Unidas, autoridades...

La felicidad sólo es posible allí donde nos sentimos acogidos, aceptados y queridos. Donde falta la acogida, falta la vida, nos bloqueamos, nuestro ser se paraliza y la creatividad se atrofia como una mordaza.

Por eso una persona o una sociedad cerrada en sí misma, es una persona o una sociedad sin futuro. Una sociedad que mata la esperanza de vida de los pobres y marginados, la vida de los que aún no han nacido o de los que son ancianos y enfermos, es una sociedad que finalmente se hunde en sí misma y se pudre, llegando a ser de aquellos que los único que les importa es el poder y la fuerza.

Las personas del mundo de hoy hemos llegado a creer que no hay problema que no podamos resolver mediante la técnica, la organización, la ciencia, la fuerza o el poder. Sin embargo, hay preguntas sencillas a las que nos da miedo responder. Esta sociedad tan racionalizada ¿Nos conduce a lo que realmente anhela nuestro corazón? ¿Está naciendo entre nosotros un *hombre nuevo*, más humano y feliz? Tanto efectivismo ¿Está realmente al servicio de una vida más razonable? En resumen ¿Qué es el hombre actual? ¿Una persona que va creciendo en humanidad o un *leproso* incapaz de encaminarse hacia su propia felicidad?

Hoy celebramos la eucaristía con Manos Unidas, en favor de los descartados de este mundo, como los leprosos, en el tiempo de Jesús. Pero Él se le acercó y le tocó, cayendo a los ojos de los demás en impureza, sumergiéndose en el mundo de los pecadores.

En cambio, a nosotros se nos ha enseñado hasta la saciedad que la eficacia es lo único que cuenta -y nuestra sociedad occidental funciona como si así fuera- poniendo, incluso, la vida al servicio de la utilidad y la producción. Incluso en la Iglesia muchos evangelizadores creen más en la eficacia de las acciones que en el servicio callado, como fermento en la masa.

Se nos ha hecho creer que lo importante es una *economía en expansión* y nos hemos puesto a producir objetos de toda clase, que nos mantienen hechizados, incapaces de acercarnos a los necesitados, que quedan al margen, sin participar en el *gran festín del consumo*. Son muchos los conflictos ideológicos que nos separan a unos y a otros. Pero pensemos un poco, en definitiva, todos adoramos a los mismos dioses.

Y aunque en todas partes se proclame solemnemente los derechos de la persona, en la práctica todos los sistemas terminan por reducir al hombre a su condición de productor y consumidor, *leprosos* y apartados, víctimas del tanto tienes tanto vales, haciéndoles olvidar su anhelo inmenso de amor, de justicia, de paz, de libertad.

Hermanos, ¿Cómo podremos, como Jesús, tocar a este *leproso*, dándole dignidad humana de hermano? ¿Cómo liberaremos a este hombre de esa infelicidad llamada *progreso*? Necesitamos personas intrépidas que no se les ponga nada por delante y nos acerquen a Cristo. Necesitamos rasgar los miedos del amor propio que nos atenazan y nos mantienen inmóviles, sentados, contemplando la escena, como los escribas, maestros de la ley... y es que los cristianos, muchas veces, nos portamos como ellos y olvidamos la única realidad que nos libera de las clasificaciones estancas.

La única verdad que mueve al mundo, queridos hermanos, es que Dios nos ama, nos toca, nos mira a la cara y nos devuelve la dignidad de hijos de un mismo Padre.